EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JACINTO

ZARZUELA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON LIBERTO BERZOSA

MÚSICA DE

DON FEDERICO REPARAZ.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1883.

JACINTO

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON LIBERTO BERZOSA

MÚSICA DE

DON FEDERICO REPARAZ.

Estrenada con grande aplauso en el Teatro del CIRCO el día 25 de Mayo de 1861.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1889.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA, marquesa del Clavel.......	Srta. Ramirez.
ROSA, su doncella..................	Srta. Ibarra.
LUIS, coronel, Marqués del Clavel...	Sr. Soler.
PEDRO, su asistente...............	Sr. Crescj.

Á LA SEÑORITA DOÑA AMALIA RAMIREZ.

Al dedicarle á V. esta obra, no hacemos mas que cumplir con un deber que nos impone la gratitud.

Agobiada la empresa por sus muchos compromisos, no era posible su representación, si no la hubiera V. acogido tan generosamente salvando cuantos inconvenientes se presentaban para ponerla en escena.

El éxito que ha obtenido se debe exclusivamente á V. y á los artistas que desempeñaron sus respectivos papeles con tanto acierto como maestría, superando nuestros deseos.

Suplicamos á V. admita como prenda de reconocimiento este pobre ensayo, que si bien por su escaso mérito no es de importancia ninguna, sirve para darle una prueba del verdadero afecto que la profesan sus

Autores.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada, un piano á la izquierda, á la derecha un velador; dos puertas á la izquierda y una á la derecha. Al foro otra, que figura dar al jardín.

ESCENA PRIMERA.

Aparece la escena sola: á los últimos compases de la música, entran por el foro LUIS y PEDRO observándolo todo con el mayor cuidado.

LUIS. Esta es la quinta, y éste debe ser el pabellón. ¡Cómo me palpita el corazón al pensar que aquí se encuentra mi mujer! Sin embargo, no puedo desechar una especie de temor. Si fuera fea...

PEDRO. ¡Sería una broma un poco pesá! ¿Pero no le ha dicho á usía la baronesa que es muy bonita?

LUIS. Más no obstante, el cariño hacia su sobrina la marquesa, puede cegarla hasta el punto de no dejarla ver sus defectos.

PEDRO. Pues ya no hay remedio: tiene usía que tomarla tal como sea.

LUIS. Eso lo veremos.

PEDRO. ¿Pues qué, mi coronel, piensa usía pedir á la reina que le cambie la mujer?

LUIS. No por cierto, pero puedo hacer otra cosa.

PEDRO. ¿Cuál?

LUIS. Escúchame, Pedro. Ya sabes que este enlace se verificó por razones de familia y conveniencias sociales. Yo era entonces un chiquillo y accedi á cuanto quisieron. Emilia, que se estaba educando en un convento, me entregó su mano sin violencia, pues ignoraba absolutamente qué significaba aquello, y el compromiso á que se ligaba. Ya ves, apenas contaría cinco años.

PEDRO. ¡Valiente mujer!

LUIS. Yo tuve que partir de España con mi familia al día siguiente dal casamiento; de modo, que ni el más mínimo recuerdo puedo conservar de mi esposa, ni de los rasgos de su fisonomía. Diez años he estado por Europa haciendo la guerra, y ni siquiera he pensado un momento en que no era dueño de la libertad que disfrutaba.

PEDRO, Dígalo si no...

LUIS. Pero hace tres meses recibí una carta de mi tía la baronesa, en la que me noticiaba, que Emilia acababa de salir del convento, é instalarse en esta quinta, y que al cabo de diez años de ausencia era ya tiempo de que viniese á reunirme con mi esposa, la que deseaba conocer á su marido. Aquella carta me hizo pensar sériamente y tomar una resolución.

PEDRO. La de embarcarnos inmediatamente para venir en su busca.

LUIS. Justamente. Pero tengo dos ideas.

PEDRO. Veamos cuáles.

LUIS. Si mi esposa es una de esas mujeres que tanto pululan por el mundo y que se llaman feas, monto á caballo, y no páro hasta China.

PEDRO. ¡Bravo!

LUIS. La segunda, inspeccionar qué clase de vida lleva; si

se acuerda de mí y siente mi auseucia. Para ello, he pedido á mi tía una recomendación, y bajo el nombre de Enrique Alvaroz vengo en clase de compañero de armas de su marido. ¿Qué te parece?

PEDRO. Mu bien. ¿Conque si es fea, nos largamos?

LUIS. Al escape.

PEDRO. Dios quiera...

LUIS. ¿Qué?

PEDRO. Que sea un prodigio de hermosura.

LUIS. La quinta es muy bella, á lo menos lo que hemos podido ver. El jardín delicioso. La vida campestre me electriza: ya verás qué buenos ratos pasamos aquí. La caza, la pesca, los bailes, porque los domingos estará abierto mi jardín para esos sencillos aldeanos de este pueblecillo. ¡Calla! un piano: el complemento de la dicha. ¡Qué felicidad me espera con todos estos goces, y una mujer que tenga. .

PEDRO. Los ojos vizcos; la nariz de á cuarta; el talle de colchón, y no hay más que pedir.

LUIS. Calla, demonio; no me arrebates mis bellas ilusiones.

PEDRO. ¡Yo!

LUIS. Pero nadie parece. Hemos llegado hasta este pabellón sin encontrar alma viviente.

PEDRO. Por los pueblos hay muy pocos ladrones. ¡Qué desgracia que se nos haya muerto Leonina!

LUIS. ¡Es verdad! ¡lástima de perra!

PEDRO. Después de llevar siete años de servicio en el ejército y haberse quedado coja de resultas de un balaso, ahora que podía haber tomao el retiro, se ha muerto.

LUIS. Ya tendremos aquí otra, y también un par de galgos.

PEDRO. Pero aquella estaba ya conocía, y eramos casi hermanos.

LUIS. ¡Tunante!

PEDRO. ¡Ella y yo, mi coronel! ¡Probe Leonina!

LUIS. ¡Calla! Me parece que suena gente.

PEDRO. Sí, una mosa barí.

LUIS. ¿Será mi mujer?

PEDRO. Me paese que no. Tiene el aire de una doncella.

ESCENA II.

LUIS, PEDRO y ROSA, por la puerta segunda de la izquierda.

ROSA. ¡Ah! ¡Dos forasteros!

PEDRO. Perdone osté, hermosa niña. ¿No vive en esta vivienda la marquesa del Clavel?

ROSA. Sí, señor.

LUIS. ¿Tendrá usted la bondad de anunciarla que un amigo de su esposo desea ponerse á sus piés?

ROSA. Ahora está en el tocador. No puede tardar en concluir. ¿Pero es usted por casualidad el recomendado de la señora baronesa?

LUIS. El mismo.

PEDRO. ¡Qué penetración tiene esta chica!

ROSA. Mi señora ha mandado preparar esa habitación, por si quería usted quedarse aquí por algunos días. Pero creo que le esperaba á usted ayer.

LUIS. Debía haber sido así en efecto; pero ciertas ocupaciones...

PEDRO. (¡Femeninas!)

LUIS. Me han impedido ponerme á sus piés tan pronto como hubiera deseado.

ROSA. Pues voy corriendo á anunciárselo á la señora. ¡Qué contenta se va á poner! Al momento saldrá. (Vase por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA III.

LUIS y PEDRO.

LUIS. Ya vuelve otra vez á latir mi corazón; va á venir: ¿qué te parece?

PEDRO. Guapa.

LUIS. ¿Mi mujer? (Volviendo la cara.)

PEDRO. ¿Dónde está? (Id.)

LUIS. ¿Qué diablos estás diciendo?
PEDRO. Si yo hablaba de la doncella.
LUIS. Pues yo de mi mujer.
PEDRO. Estoy, mi coronel, porque nos debemos quedar.
LUIS. ¿Cómo has variado tan pronto de opinión?
PEDRO. Esa chica es capaz de hacer que uno se meta ermitaño por verla.
LUIS. ¿Te gusta?
PEDRO. Con el permiso de mi coronel, diré que sí.
LUIS. ¡Chist! ¡Siento pasos!
PEDRO. Y el roce de un vestido de seda.
LUIS. Estoy temblando.
PEDRO. Ánimo, mi coronel; por fea que sea, nunca será tanto como las negras de América, y sin embargo...
LUIS. ¡Calla!
PEDRO. ¡Ya están aquí!

ESCENA IV.

LUIS, PEDRO, EMILIA y ROSA.

LUIS. (¡Ah! ¡Qué hermosa!)
PEDRO. (Se ganó la plaza.)
EMILIA. Caballero...
LUIS. Señora...
EMILIA. (¡Es muy guapo!) Perdone usted que le haya hecho esperar.
LUIS. ¡Oh! Señora, yo soy el que debo pedirla mil perdones... por... (¡Es divina!)
ROSA. (¿Qué le parece á usted?) (Bajo á Emilia.)
EMILIA. (¡Muy bien!) (Id. á Rosa.)
PEDRO. (Se ha quedado lelo.) Coronel. (Bajo á Luis.)
LUIS. (¡Vete!) (Id. á él.)
PEDRO. (Pero...) (Id.)
LUIS. (¡Fuera, mastuerzo!) (Id.)
EMILIA. (¡Sal!) (Á Rosa.)
PEDRO. (Busquemos la cocina.) (Vase con Rosa por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA V.

EMLIA y LUIS.

EMILIA. ¿No toma usted asiento?

LUIS. Con su permiso. Creo que habrá usted recibido una carta de su tía la baronesa, anunciándole mi visita.

EMILIA. Sí, señor; en ella me dice que viene usted en nombre de mi esposo.

LUIS. Hemos sido compañeros de armas, y me ha encargado...

EMILIA. ¿Y por qué no viene él?

LUIS. ¡Oh! Porque ignoraba que tenía en usted un tesoro de gracias y perfecciones, porque creía que...

EMILIA. No; mas bien, porque la vida militar le agrada: sé que se divierte cuanto puede, mientras yo estoy aquí desesperada, sin consuelo.

LUIS. Si él hubiera podido sospechar...

EMILIA. No merece que se le defienda.

LUIS. Sin embargo...

EMILIA. Mire usted, yo le quería mucho.

LUIS. ¿De veras?

EMILIA. Desde pequeñita me habían enseñado á quererle y respetarle; pero lo que es ahora...

LUIS. ¡Ahora qué!...

EMILIA. Conozco que le quiero bien poco: mejor dicho, nada; y sentiría que viniera á mi lado, por más que esta vida solitaria me fastidie.

LUIS. (¡Qué escucho!) Sin embargo, á su lado disfrutaría usted de muchos placeres desconocidos; bailes, teatros, paseos; el lujo y la magnificencia de la córte.

EMILIA. Todo eso me cansa y hastía; por lo mismo he venido á vivir á esta deliciosa quinta. Y si le he de hablar á usted con franqueza, desde que sé que mi marido está distraido, he buscado un entretenimiento.

LUIS. Cómo, señora... ¡Un entretenimiento!

EMILIA. ¡Chist! Pero no lo diga usted á nadie: si lo supiera la baronesa me lo afearía.

LUIS. Y con razón, porque...

EMILIA. Si no es más que un capricho.

LUIS. ¡Un capricho! (Dios mío, ¿qué es esto?)

EMILIA. Ya se lo enseñaré á usted.

LUIS. ¿Á mí?

EMILIA. Pero me tendrá usted que dar palabra de no decírselo á nadie.

LUIS. (¡Hay mayor insolencia!)

EMILIA. Pero hablemos de mi marido. ¿Usted cree que no vendrá por ahora?

LUIS. (Probemos.) No por cierto. Tardará mucho... quizá toda la vida.

EMILIA. ¡Ay qué gusto!

LUIS. ¡Voto al demonio!

EMILIA. ¿Qué tiene usted?

LUIS. Nada, señora. Pues como iba diciendo, no vendrá... porque...

EMILIA. ¿Por qué?...

LUIS. ¡Porque ha muerto!

EMILIA. ¡Pobrecillo! ¿Y dónde?

LUIS. En la guerra.

EMILIA. ¡Cuánto lo siento!

LUIS. (¡Se conoce! ¡Por vida!)

EMILIA. ¿Se encontró usted acaso á su lado?

LUIS. Entre mis brazos espiró, después de haberme dicho sus últimas palabras para que se las repitiera á su esposa.

EMILIA. ¿Y cuáles son?

LUIS. «Muero sobre el campo de batalla, pero con honor. »Díle á Emilia que conserve mi apellido sin mancha, »tal como yo se lo lego al morir.»

EMILIA. ¿Creerá usted que casi casi me dan ganas de llorar?

LUIS. ¿Para qué?... Si se murió, buen provecho. (¡Estoy dado á Satanás!)

EMILIA. ¡Tiene usted razón! Un marido que abandona á su mu-

jer por espacio de diez años, como él lo ha hecho conmigo, no merece... Más no obstante, para probar que soy mejor que él, no me casaré hasta pasado el luto.

LUIS. ¡Señora!... (¡Esta mujer, vá á hacer que yo cometa una barbaridad!)

EMILIA. Me parece que obro bien.

LUIS. Yo lo creo, señora... Pues digo, un año, no es nada... á menos que se pase más dulcemente con el dichoso entretenimiento.

EMILIA. Él será mi único consuelo en la desesperación que estoy sumida.

LUIS. ¡Oh, mucho!

EMILIA. ¿Y piensa usted permanecer aquí algunos días?

LUIS. No sé... mis negocios...

EMILIA. Por lo menos hasta el domingo... hoy es jueves...

LUIS. Veremos.

EMILIA. Aquí no faltan algunas distraciones. Verá usted qué buenos ratos pasamos.

LUIS. Sí, ¿eh? (¡Prudencia!)

EMILIA. ¿Le agrada á usted la música?

LUIS. Es mi sola pasión.

EMILIA. ¿De veras? ¡Cuánto me alegro! Á ver, á ver, aquí tengo algunas piezas que podremos cantar á duo. ¿Vamos?

LUIS. Pero, señora, después de la triste nueva que he tenido el sentimiento de anunciarla.

EMILIA. Es verdad. Pero aquí no nos ve nadie, y además usted irá divulgando por todas partes, que al recibir tan triste nueva, mi desesperación ha sido tan grande, que he estado á punto de morir.

LUIS. Descuide usted. (¡Qué deliciosa entrevista!)

EMILIA. Á ver si le gusta á usted este duo. (Le da un papel.)

LUIS. ¡Muy bonito, muy bonito! (Estrujándolo.)

EMILIA. Cuidado, que le rompe usted.

LUIS. Perdone usted... una distración...

EMILIA. ¿Empezamos? (Se sienta al piano.)

LUIS. Cuando usted guste.

MÚSICA.

DUO.

Yo te adoro prenda / niña mía
por tu encanto seductor.
y no puedo ya tu amor
ni un instante desechar.
Tú eres mi vida, mi cielo,
mi luz, mi norte y encanto,
y te quiero tanto, tanto
como el pecho puede amar.
Ay, prenda / niña mía,
sé tu claro lucero
de mi alegría.
Ten compasión,
que por tí pena y llora
mi corazón.

HABLADO.

EMILIA. ¿Qué tal?
LUIS. ¡Divina! (¡Es un ángel y un demonio!)
EMILIA. (Já, já... ¡Está aturdido!)

ESCENA VI.

DICHOS, ROSA y PEDRO por la segunda puerta de la izquierda.

ROSA. Señora, el almuerzo está servido.
EMILIA. Pues, señor don... ¿cómo es su gracia de usted?
LUIS. Enrique Álvarez, señora.
EMILIA. Pues señor don Enrique Álvarez, pasemos al comedor,

y le suplico que no me hable de cosas tristes que me quiten el apetito.

LUIS. Descuide usted, señora. (¡Ah! Pedro, sonsaca, averigua y observa, observa... (Bajo á él y deprisa.)

EMILIA. ¿Vamos?

LUIS. Estoy á las órdenes de usted.

ESCENA VII.

ROSA y PEDRO.

PEDRO. (Averigua, sonsaca, observa, aquí hay gato enserrao, procuremos cumplir con la consigna. Oiga osté, niña; ¿á onde se vasté con paso tan precipitao?

ROSA. Á ver si mandan algo los señores.

PEDRO. Aguarde osté un poco, y deje que platiquemos los dos un rato.

ROSA. ¿Y qué tenemos que platicar nosotros?

PEDRO. Despasito, arma mia, y no sea tan súpita de génio.

ROSA. Vamos, ¿qué me quiere usted?

PEDRO. ¡Várgame Cristo, y qué cosas le iría yo asté!...

ROSA. Pues ya puede usté empezar.

PEDRO. ¿Sí? Pues allá voy.

MÚSICA.

DUO.

PEDRO.

Por esos ojos
tan retrecheros,
sepasté, prendra
que yo me muero.
Por ese talle,
por esa cara,
é la milicia
yo esertara.

—

ROSA.

¿Tan de repente
le entró el amor?

—

PEDRO.

Todo de gorpe
sale mejó.

—

ROSA.

Los militares
van muy deprisa
y no les coge
la vicaría.

—

PEDRO.

Los militares,
sepasté, niña,
que los domingos
oyen la misa.

—

ROSA.

Yo no soy plaza
que ha de entregarse
á aquel que el cura
no se lo mande.

—

PEDRO.

Ya que la plasa
no ha de entregarse,
yo diré ar cura
que se lo mande.
Pues al ver de una serrana
la grasia y sarandeo
cuando sale de mañana,
¡ay Jesús! me tiembla e cuerpo.
Y si me enseña la liga,
¡ay faitiga!
Diera por uná mirá,
na...
Que si es verdad que la quiero,
¡salero!
Y ya que por ella muero
si logro marido ser,

cuando la llegue á coger...
¡Ay faitiga!... Na... ¡Salero!

HABLADO.

ROSA. ¿Acabó usted ya?

PEDRO. ¿Y no se ablanda ese pechito?

ROSA. Es muy duro y se necesita mucho tiempo para que se ablande.

PEDRO. ¡Arma mía! Jasta er juisio final estaria yo aguardando.

ROSA. Además, usted se va con su amo dentro de unos dias y...

PEDRO. Yo... Quiá... deserto; me queo con la señora, manque sea de cochero.

ROSA. Si hiciera usted eso...

PEDRO. ¡Uy! ¡Salero!

ROSA. Pero cuidado que no prometo nada hasta que vea las obras.

PEDRO. Cayusté, que de aquí voy ar sielo canonisao. Ya verasté, hoy mismo hablaré con la seňá marquesa... ¿Qué tal caraiter tiene?

ROSA. ¡Delicioso! Es una mujer, como hay pocas; ¡tan dulce! ¡tan amable!... nos trata á todos con una familiaridad; no parece que somos sus criados.

PEDRO. Jeso es bueno.

ROSA. Ya lo verá usted, Pedro: pasa la vida aquí sola cuidando sus flores y sus pájaros, ó jugando con Jacinto.

PEDRO. (¿Quién será este on Jasinto?)

ROSA. Hará cuatro meses que vivimos aquí, y no ha venido á verla más que el señorito Fernando.

PEDRO. (¡Otro!)

ROSA. Pero ese no estuvo más que doce días; como es tan tronera, se cansó de vivir con ella, y se volvió á la córte.

PEDRO. Conque vivía con eya...

ROSA. ¡Ya se vé!... Y qué carácter más alegre tenía; cada vez que me encontraba, me daba un abrazo.

PEDRO. ¡Pues me gusta!

ROSA. Y á la señora, también.

PEDRO. (¡Caracoles!) ¿Conque la abrazaba?

ROSA. ¿Y qué tiene de particular? ¿No son hijos de una misma madre?

PEDRO. ¡Cabal!... Y Adan, nuestro padre. (¡Esta chica promete! ¡Probe coronel!)

ROSA. Iban juntos á paseo, á caza, se internaban en el bosque.

PEDRO. Por el bosque... (¡Esto es muy grave!)

ROSA. Nos prometió que pronto volvería y ya han pasado dos meses, y nada. Pero suena la campanilla. Adios, Pedro.

PEDRO. Pero escucha...

ROSA. No puedo, que me llaman. (*Vase por la segunda puerta de la izquierda.*)

PEDRO. Adios, pedazo de gloria. Pus señó, buenas cosas acabo de saber... el señor on Jasinto y er señorito Fernando que la abrazaba y... magrada... ¿y qué hago yo ahora? ¡Qué! Decirlo todo al coronel, montaremos en los caballos, y á escape. Y lo siento por esa chica; es muy guapa, me gusta y... pero el coronel es antes que too... le iré que la señá marquesa es... ¿Quién viene? ¡él! San José haga que no me pregunte. ¡Y qué sério!... cuarquiera diría que conoce toa su desgracia.

ESCENA VIII.

PEDRO y LUIS.

LUIS. ¡Bah! ¿eres tú, Pedro?

PEDRO. Sí, yo, mi coronel.

LUIS. Tenía deseos de hablarte.

PEDRO. (Ya pareció aquello.)

LUIS. Tú me quieres Has sido mi fiel compañero en los campos de batalla, y no te soy indiferente.

PEDRO. Por usía me dejaría hacer cuartos.

LUIS. Ya lo sé; y me has dado más de una prueba, salvándome la vida en ciertas ocasiones.

PEDRO. Dejemos eso, coronel. Me paese que esa cara está qué sé yo cómo.

LUIS. Sí, es verdad. Me sucede una cosa, que solo confío á tu prudencia y cariño, porque necesito un corazón donde pueda desahogar el mío.

PEDRO. Ya escucho.

LUIS. Mi mujer...

PEDRO. ¡Qué!

LUIS. ¡No es mujer!

PEDRO. ¿Qué ise osté, mi coronel?

LUIS. Es un demonio con el corazón de hiena. Sabe, que no me ama, que se olvida de todo... que ha recibido la noticia de mi muerte con la mayor indiferencia, casi con alegría... y por último, que ha tenido la avilantez de confesarme á mí .. á un desconocido, al cual veía por primera vez, que tenía... que tenía un entretenimiento.

PEDRO. ¿Y qué más?

LUIS. ¿Te parece poco?... publicar de esa manera... ¡Oh! Esto es espantoso!

PEDRO. ¿Y no ha dicho na mas?

LUIS. ¡Pues qué!... ¿hay algo más todavía?

PEDRO. Yo... no digo...

LUIS. Pero, tú sabes algo... habla, yo te lo mando... pronto... dí cuanto hayas descubierto.

PEDRO. Ahí la doncella ha contao...

LUIS. ¡Qué!

PEDRO. Que hace dos meses estuvo aquí un joven, que se llama don Fernando, el cual vivía... y comía... y cazaba...

LUIS. Sigue... sigue...

PEDRO. Y aun creo que sí se abrazaban y...

LUIS. ¡Se abrazaban!... ¡Oh!

PEDRO. Sí ella estaba cariñosa, y él se cansó de estar en esta casa y se volvió á Madrid.

LUIS. ¡Sería ese el entretenimiento de que me hablaba!

PEDRO. (Pus la niña, se entretiene mu dulcemente.)

Luis. ¿Y ese hombre en dónde está ahora? ¿Quién es? Tú debes saberlo... te lo habrán dicho... ¡responde!

Pedro. Yo no he tenido tiempo para preguntar tanto, porque como me nombró á on Jacinto...

Luis. ¿Y ese quién es?

Pedro. ¿Ese?... on Jacinto. No me han dicho más .. pero sé que la señá Marquesa juega con él...

Luis. Juega... á... qué... dí...

Pedro. Á... ¡no lo sé! pero juega.

Luis. ¡Otro nuevo amante! ¡Esa conducta es infame! Conque es decir que mi mujer es...

Pedro. Cudiao, mi coronel, no echarlo tó á rodar.

Luis. Necesito castigar á los criminales, y á ella; á ella sobre todo. Vete á la posada, tráete las maletas, y mis armas.

Pedro. Pero, coronel...

Luis. Adios, Pedro. (Vase por la puerta del foro de la izquierda.)

Pedro. ¡Pus estamos bien! Andar más de mil leguas para encontrarnos con esto... Vaya una alhaja que es la niña; con esa cariya é Pascua que paese que en su vida ha roto un plato y... Vamos á la posada.

ESCENA IX.

PEDRO y EMILIA.

Emilia. (Aqui está.) ¡Heng!

Pedro. ¡Quién!... (¡La coronela!)

Emilia. Hola, Pedro...

Pedro. Señora...

Emilia. Tengo que hablar contigo.

Pedro. ¿Conmigo?

Emilia. Sí.

Pedro. (¡Qué querrá!)

Emilia. Don Enrique me ha dicho que tú eras el asistente de mi esposo.

Pedro. Es verdad.

EMILIA. Sé tu comportamiento con él, en todas las ocasiones; que le salvaste la vida varias veces, y que él te quería como si fueras su hermano.

PEDRO. ¡Eso ha dicho! (¡Probesiyo!)

EMILIA. Sí por cierto, y yo debo á mi vez darte las gracias por esa conducta... ven, siéntate.

PEDRO. ¡Yo! al lado de usía.

EMILIA. Yo lo quiero.

PEDRO. Entonces... (Se sienta en el sofá.)

EMILIA. Supongo que tú tendrás que decirme algo.

PEDRO. ¡Yo!

EMILIA. ¡Sí! Vamos, ¿qué te parezco?

PEDRO. Mu bien. (¿Qué diablos significa esto?)

EMILIA. ¿Hubiera yo podido hacer la felicidad de don Luis? ¿Hubiera yo coronado sus deseos?

PEDRO. Pus ya lo creo... Con esa cara tan bonila, y esos ojos... que... (¡Cudiao, Pedro, que te resbalas!)

EMILIA. Pero ya ves, estoy viuda, y tengo que buscarme otro marido.

PEDRO. ¿Otro? (¡Pus no tiene poca prisa!)

EMILIA. Es necesario, la soledad me mata.

PEDRO. ¿Y on Jacinto?

EMILIA. Jacinto, no sirve más que para un entretenimiento... Ya ves... Una mujer como yo, no puede estar sola. Jóven, rica, necesita tener á su lado un hombre que la adore, que se interese por ella, que la haga mas dulce la vida!

PEDRO. Es verdad... (¡Qué bien se explica!)

EMILIA. Y he pensado buscármelo yo misma. Ya he tenido un marido por la voluntad de mis padres, y ahora es muy justo que lo tenga por la mía.

PEDRO. (¡Esto se va enredando!)

EMILIA. Estaba dudosa en la eleccion, pero ya está hecha; sí, ya le tengo escogido.

PEDRO. (¡Jesucristo y qué mirá!)

EMILIA. Mira, Pedro, necesito de tí.

PEDRO. De mí... (¡Uy, qué bonita!)

EMILIA. Pero antes, debo hacer por tí algo.
PEDRO. ¿Cómo?
EMILIA. ¿Tú tendrás que pedirme alguna cosa?
PEDRO. ¡Yo! (¡Qué mona!)
EMILIA. Vamos, habla.
PEDRO. (¡Mi coronel, vengasté pronto, que avanza el enemigo!)
EMILIA. Decías ..
PEDRO. (¡Qué ojos más saragateros!... ¡Pus no me está bailando er cuerpo!)
EMILIA. Te estoy esperando.
PEDRO. (Me espera. Ná, me paso al enemigo con bagajes y too...)
EMILIA. Empieza...
PEDRO. (Allá voy... ¡Probe coronel!) ¿Con qué usía quiere que yo empiece?
EMILIA. Sí.
PEDRO. ¿Y por dónde?
EMILIA. Por donde quieras.
PEDRO. (¡Veasté un hombre comprometío!)
EMILIA. Vamos, veo que será necesario que yo dé principio...
PEDRO. Sí, eso es mejor... principie usía.
EMILIA. Rosa me lo ha contado todo...
PEDRO. ¿Eh?
EMILIA. Y por mí no hay inconveniente.
PEDRO. ¡Ah! es de Rosa de quien me hablaba usía.
EMILIA. ¿Pues de quién había de ser?...
PEDRO. ¡Bah! Eso es otra cosa.
EMILIA. ¿Qué te habías figurado?
PEDRO. Yo... ná... (¡Qué lástima!)
EMILIA. Pues bien, consiento en vuestro casamiento y os haré un buen regalo. Pero me has de hacer tú ahora un favor.
PEDRO. Diga usía.
EMILIA. Díme... pero con verdad... Qué cualidades tiene don Enrique, qué defectos... todo quiero saberlo...
PEDRO. Sus cualidades, ya las debe haber conosío usía: es más

bueno, que er pan; generoso, como ninguno; valiente, como er primero.

EMILIA. Mucho me agrada. Y dime... supongo, que habrá tenido algunos compromisos...

PEDRO. Ya lo creo.

EMILIA. ¿De veras?

PEDRO. Hará un año, y al dar una carga con su regimiento, se vió en uno, que de milagro escapó con pellejo.

EMILIA. No me refiero á esos, sino á relaciones amorosas.

PEDRO. ¡Pst!

EMILIA. ¿Si, eh? (¡Ah, infame!) Me figuro que ha sido algún tanto calavera.

PEDRO. Poco: siempre ha estao estudiando ó dando sablazos.

EMILIA. ¿Y vivía siempre solo?

PEDRO. Con el asistente y Leonina.

EMILIA. ¡Leonina! (¡Una mujer, traidor!)

PEDRO. ¡Probecilla, cómo le quería!

EMILIA. ¿Y él, á ella?

PEDRO. Por supuesto. Lo que es eso, toos la queríamos, era tan mausa y fiel, la alhaja del regimiento.

EMILIA. Le acompañaría á todas partes.

PEDRO. ¡Toma! ¡ya lo creo! Cuando estábamos en campaña dormía en la tienda con el coronel.

EMILIA. Con él... (¡Qué escándalo!)

PEDRO Hacía progresos .. se ponía derecha y con un palo á guisa de fusil imitaba ar sentinela.

EMILIA. ¿Y cuánto tiempo ha estado en su compañía?

PEDRO. Siete años.

EMILIA. Y dices que él la quería...

PEDRO. Con delirio. Facilito era que nadie la hubiera tocao, sin exponerse á que el coronel le hubiera roto las costiyas.

EMILIA. (Según eso, él la adoraba...)

PEDRO. En la última acción que estuvimos se quedó coja de un balaso.

EMILIA. ¿Iba con él al fuego?

PEDRO. La primerita; bailando de contenta... y hasta que él volvia á la tienda, Leonina á su lado.

EMILIA. (¡Infame! Conque tenía una querida mientras que yo... ¡Ah! ¡me vengaré!)
PEDRO. Pus como iba diciendo, era...
EMILIA. ¡Déjame!
PEDRO. Yo...
EMILIA. He dicho que te vayas.
PEDRO. Usía perdone. (¡Esta señora está loca!)
EMILIA. ¿Te vás?
PEDRO. Á galope. (¡Voy por las maletas: probe coronel!)

ESCENA X.

EMILIA.

¡Qué infamia! ¡qué picardía! Esto no se puede sufrir... mi marido corriendo el mundo, divirtiéndose... y yo mientras, esperándole soñando con su amor... Y hoy cuando le he visto, apenas he podido dominar mi emoción... Casi había completado mis deseos... quizá le amaba, pero ya, le aborrezco, le desprecio... ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy!...

MÚSICA.

ARIA.

Ayer tan solo vivía
en una ilusión soñada,
hoy la miro desgarrada
por la triste realidad.
Aspiraba con encanto
un perfume seductor...
Era el aura del amor
en mi triste soledad.
Esa esperanza,
en lontananza
vino á alumbrar

mi porvenir.
¡Hermosa y pura
fué mi ventura,
mas hoy la muerte
me deja aquí!

ESCENA XI.

EMILIA y ROSA con una carta.

HABLADO.

ROSA. ¡Señora!

EMILIA. ¡Ah! Rosa, ven aquí. ¿No sabes lo que me sucede?

ROSA. ¡Qué! ¿Se ha descubierto ya?

EMILIA. No se trata de eso.

ROSA. Pues entonces ¿qué ha sucedido?

EMILIA. ¡Que mi marido es un infiel! Un traidor; que no se ha acordado nunca de mí; y lo que es más espantoso, que ha tenido á su lado por espacio de siete años á una mujer llamada Leonina.

ROSA. ¿Será verdad?

EMILIA. Su mismo asistente me lo ha dicho; y no es eso lo peor, sino que él la ama, que quizá ahora mismo estará pensando en ella.

ROSA. ¡Está bueno el lance!

EMILIA. Yo que hace tres días, cuando recibí la carta de mi tía la baronesa anunciándome los designios de mi esposo y su próxima llegada no podía dominar mi alegría, é inocentemente decidí hacerle rabiar un poco para que fuera después mayor su felicidad. ¡Y ahora! ¡Pero yo me vengaré! Le he de hacer sufrir horriblemente, y cuando él me ame, cuando me suplique de rodillas, entonces yo le diré que le detesto.

ROSA. Aquí viene.

EMILIA. Me alegro. (Luis aparece al foro y escucha.)

ROSA. ¡Ah! Señora, se me había olvidado darle á usted esta carta que han traido.

EMILIA. Es de Fernando; déjame.

ESCENA XII.

EMILIA y LUIS.

LUIS. (¡Una carta! ¡y de Fernando! ¡Ahora veremos!) Señora...

EMILIA. Caballero...

LUIS. Perdone usted si la distraigo de su grata ocupación.

EMILIA. Es igual

LUIS. Acabo de recorrer el jardín. Á fé mía que es delicioso.

EMILIA. ¿Le agrada á usted?

LUIS. Mucho.

EMILIA. Es lástima que no pueda usted disfrutar de él por algún tiempo.

LUIS. ¿Por qué, señora?

EMILIA. ¿No me ha dicho usted en la mesa que sus ocupaciones no le permitirían permanecer aquí más que un día... ó dos?

LUIS. Ciertamente. (Me echa. Es claro, la estorbo.)

EMILIO. Pero yo espero que volverá usted á verme al cabo de tres ó cuatro años.

LUIS. (Cuatro años.) Es probable que no me sea posible volver.

EMILIA. Lo siento.

LUIS. (¡Esa frialdad me desespera, y sin embargo, la amo como un necio!)

EMILIA. Con su permiso. (Se pone á leer.)

LUIS. (Otra vez, la carta de su amante: ya no hay paciencia. Señora. (Gritando.)

EMILIA. Caballero.

LUIS. Noto que la interesa mucho ese papel.

EMILIA. No es extraño. Como que es de la persona que más amo en este mundo.

LUIS. (¡Y me lo dice á mí, á su marido! ¡Voto al infierno!) Deme usted esa carta, señora, démela usted.

EMILIA. ¿Qué está usted diciendo?

LUIS. Necesito ese papel que la ha escrito á usted un hombre, abusando de su candor.

EMILIA. ¡Caballero! Este hombre me escribe porque puede hacerlo; porque tiene derecho para ello.

LUIS. ¿Qué tiene derecho?

EMILIA. Si, señor.

LUIS. Lo veremos. Deme usted esa carta.

EMILIA. ¿Olvida usted, caballero, que está en mi casa y que aquí nadie da órdenes más que yo?

LUIS. Puedo pedirle á usted cuentas de sus acciones.

EMILIA. ¿Usted, por qué?

LUIS. ¡Porque... ya es imposible callar por mas tiempo! Yo soy don Luis de Mendoza, su esposo de usted!

EMILIA. Está usted equivocado,

LUIS. ¿Cómo?

EMILIA. Don Luis ha muerto. Soy viuda, libre, dueña, en fin, de mi albedrio.

LUIS. ¡Señora!

EMILIA. Usted es un compañero de armas de mi esposo, encargado de repetirme sus últimas palabras. Lo ha hecho usted, y le doy infinitas gracias por haber cumplido tan sagrado encargo

LUIS. ¡Esto es horrible! ¿Sabe usted, señora, lo que está diciendo en este momento?

EMILIA. Usted se llama Enrique Alvarez, y tengo tan buen concepto de su persona y sentimientos, que me desagradaría esa transformación.

LUIS. ¿Por qué, señora?

EMILIA. Aunque separada de mi esposo, le conozco lo bastante y estoy perfectamente informada de él. Sé que es un libertino que no reconoce freno de ninguna especie. Un hombre que se ha lanzado á la vida desordenada; que acostumbrado á la existencia militar, sólo encuentra goces en ella; que ha seducido á infinitas mujeres, llegando su descaro hasta el extremo de llevarlas á campaña.

LUIS. ¡Yo!

EMILIA. ¡Sé, por último, que nunca ha dedicado un recuerdo á su infeliz esposa, que le amaba, que esperaba su vuelta con impaciencia, devorando en silencio sus lágrimas al saber su conducta. Que hoy se alegra de encontrarse viuda, porque si hubiera venido á su lado fingiéndose un amigo para espiarla, era la última ofensa que podía hacerle, á la que ella contestaria con el desprecio! ¡Beso á usted la mano, caballero!

ESCENA XIII.

LUIS, á poco PEDRO con maleta y pistolas.

LUIS. ¡Voto á cien legiones de demonios! ¡Pues esta es buena! ahora salimos conque yo soy el culpado... ella la inocente. Vengo loco de amor en su busca; la encuentro en esta quinta, oigo hablar de un Jacinto, de un Fernando, y según se ve, no tengo derecho de quejarme... ¡Rayos y truenos!

PEDRO. ¿Descargó la tormenta?

LUIS. Pedro, ven acá; mi mujer reniega de mí; rompe todos los compromisos, se declara independiente.

PEDRO. ¿Como Italia?

LUIS. ¿Qué opinas de todo esto?

PEDRO. Yo qué sé... pero la señá marquesa me parece un poco ancha de conciencia.

LUIS. ¡Oh! Pero no crea que esto lo voy á dejar así... no por cierto... Entre los dos hay un abismo... La separación, y en cuanto á esos rivales, los mataré.

PEDRO. Pero, coronel...

LUIS. Espérame aquí. Voy á escribir una carta á su tía la baronesa, para que venga por ella, y enseguida partiremos... Es preciso.

ESCENA XIV.

PEDRO y EMILIA.

PEDRO. ¡Buen cipizape se va á armar. Está visto que la señá

marquesa es una pájara, que ya!

EMILIA. (¡No está!) ¿Cómo no ha venido á echarse á mis piés? ¡Ingrato!)

PEDRO. (¡Hola! otra vez po aquí. Pus lo que es ahora no me engaña como antes.)

EMILIA. ¿Y tu amo, Pedro?

PEDRO. Ha dío á escribir una carta.

EMILIA. Y tú ¿qué haces ahí con eso?

PEDRO. Son las maletas.

EMILIA. Pues llévalas al cuarto que está destinado á don Luis.

PEDRO. No hay para qué.

EMILIA. ¿Por qué razón?

PEDRO. Porque nos vamos.

EMILIA. ¿Os vais? ¿Adónde?

PEDRO. Tanto no sé, pero creo que es muy lejos.

EMILIA. ¿Más por qué es esa partida?

PEDRO. ¿Qué quiere usía? El coronel está desesperao, y creo que intenta que le lleven los demonios cuanto antes.

EMILIA. ¡Pero Dios mío! ¿Qué le sucede?

PEDRO. Er probe sufre mucho.

EMILIA. ¿Por mí?

PEDRO. Pus es claro. La quiere á usía más que á las niñas de sus ojos, y como usía...

EMILIA. Pues bien, Pedro, yo le perdono, todo lo olvido. Que no se vaya.

PEDRO. ¿Usía le perdona?

EMILIA. Sí, corre, díselo...

PEDRO. ¡Yo!... ¡Pa que me eslome de un trancaso!

EMILIA. ¿Pero por qué?

PEDRO. Porque mi señó sabe que usía quiere mucho á on Jasinto.

EMILIA. ¿Y qué importa?

PEDRO. ¡Ah! ¡vamos, ná!

EMILIA. Él también le querrá con el tiempo.

PEDRO. ¡Él!... ¡facilito es eso! Si lo piya, lo estreya.

EMILIA. Eso es una inhumanidad que yo no consentiré.

PEDRO. Cudiao, seña marquesa, con lo que hace.

EMILIA. ¡Matarle!... Pobrecillo... ¡hace poco me estaba abrazando con un cariño!...

PEDRO. ¡Sopla! Si lo oye el coronel...

EMILIA. ¡Yo le defenderé contra todos!

ESCENA XV.

DICHOS y LUIS.

LUIS. Así: pocas frases y sentidas.

EMILIA. Luis.

LUIS. ¿Qué quiere usted, señora?

EMILIA. Por Pedro acabo de saber los motivos que tienes de enojo contra mí.

LUIS. Pedro...

PEDRO. Mi coronel...

EMILIA. No le riñas; yo le he obligado á que me lo diga... Perdón y olvidemos lo pasado.

LUIS. Hay cosas que no se pueden olvidar.

EMILIA. Pero siendo tan naturales...

LUIS. Señora...

PEDRO. (¡Atiza!)

EMILIA. ¡Pero Luis!

LUIS. ¿Cómo tiene usted atrevimiento de rogar por él delante de mí?

EMILIA. ¿Y por qué no, si le quiero tanto?

LUIS. Marquesa ..

PEDRO. (¡Ya escampa!)

EMILIA. Si le hubieras visto esta mañana con qué cariño me besaba...

PEDRO. (¡Agua va!)

LUIS. ¡Rayos y centellas! Esa osadía es espantosa, y sufrirá usted las consecuencias de ello.

EMILIA. ¡Luis, por Dios!

LUIS. ¿Dónde está? Pronto... ¡Hable usted!

EMILIA. ¡Aunque me mates no lo diré!

LUIS. Señora...

EMILIA. ¡Y á pesar tuyo, le salvaré!

LUIS. ¡Infame!
PEDRO. ¡Mi coronel!

ESCENA XVI.

DICHOS, y ROSA.

ROSA. ¡Señora! ¡Señora!
LUIS. ¿Qué hay?
EMILIA. ¿Qué sucede?
ROSA. ¡Jacinto no quiere almorzar, creo que está malo!
LUIS. ¡Cielos!
EMILIA. ¡Ah!
PEDRO. (¡Pues señó, ya se arregló!)
LUIS. ¿En dónde está?
ROSA. En...
EMILIA. ¡Calla, por Dios!
LUIS. ¡Habla, ó no respondo de mí! (Cogiéndola.)
ROSA. Que me hace usted daño.
EMILIA. ¡Luis!
LUIS. ¡Habla!
ROSA. ¡En el sofá!... ¡Echado!
LUIS. ¡Infame! (Corre á coger las pistolas.)
EMILIA. ¡Ay mi Jacinto! (Huye por la puerta primera de la izquierda y cierra.)
PEDRO. ¡Coronel!
ROSA. ¡Señor!
LUIS. ¡Ha cerrado! ¡No importa! ¡Yo abriré!
PEDRO. ¡Buen lío has armado!
ROSA. ¿Yo?
LUIS. ¡Ah! ¡Ya cede!
PEDRO. ¡Pero, coronel!
LUIS. ¡Dejadme! ¡No escaparán de mi venganza! (Vase por la puerta primera de la izquierda.)
ROSA. ¿Pero qué es esto?
PEDRO. ¡Ná! Toca á degüello.

ESCENA XVII.

PEDRO, ROSA, EMÍLIA, JACINTO y LUIS.

EMILIA. ¡Toma! ¡Pedro, sálvale!
PEDRO. ¿Pero qué es jesto?
EMILIA. ¡Chits! ¡Calla!
LUIS. ¿Dónde está?...
EMILIA. ¡Perdón! ¡Perdón! (De rodillas las dos mujeres.)
LUIS. ¡Nunca!
EMILIA. ¡Dios mío!
ROSA. ¡Señor!
LUIS. Yo le encontraré.
PEDRO. ¡Mi coronel! Aquí está on Jasinto.) (Presenta el mono agarrado por el cuello, por cima de las mujeres que suplican á don Luis.)
EMILIA. ¡Ah!
LUIS. ¡Un mono!
PEDRO. Según paese.
EMILIA. ¡No le mates, Luis!
LUIS. ¿Este es Jacinto?
EMILIA. ¡El mismo!
LUIS. ¡Ah!
EMILIA. ¿Qué es eso?
LUIS. ¡Nada, esposa mía! He estado loco, no sé lo que he dicho.
PEDRO. Er demonio del avechucho, y qué susto nos ha dado.
ROSA. ¿Pero á qué ha venido esto?
LUIS. ¿Y Fernando?
PEDRO. ¿Es otro mono?
EMILIA. Es mi hermano, oficial de ingenieros.
LUIS. ¡Tu hermano! He sido un infame, he dudado de tí. Perdóname.
EMILIA. ¡Sí! todo lo olvido. Hasta tus amores con Leonina.
LUIS. ¿Con Leonina?
PEDRO. ¡Ah! ¡La perra! ¡Ya se murió!

EMILIA. Era tal vez...

LUIS. Sí, querida. Ambos hemos sido injustos; olvido á lo pasado y seamos felices.

EMILIA. ¡Oh! sí, sí.

MÚSICA.

LUIS.
Pues ya que tu inocencia
se muestra como el sol,
yo te ofrezco, vida mía,
mi cariño abrasador.

PEDRO.
Si nos hemos de casar,
díme pronto, vive Dios,
si á otro mono tú también
entregaste el corazón.

EMILIA.
Olvidemos lo pasado,
y en sueño seductor,
te daré con mi ventura
mi cariño abrasador.

ROSA.
Pues si ya te tengo á tí,
no preguntes más, por Dios,
que tú solo serás dueño
de mi amante corazón.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada, á condición de que se indique desde los principios en el diálogo lo que baste para poner al público en vía de comprender que la conducta de la protagonista no es pecaminosa.

Madrid 29 de Abril de 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Está hecha la aclaración que pide la censura.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos.............	1	Sres. Larra y Gullón........	Todo.
Leonor I de Aragón.............	1	Pedro Navarro...........	»
Olas de sangre.................	1	Manuel Izquierdo.........	»
Por un sombrero..........	1	J. Guijarro y F. Olona....	»
Clown....	3	José Fola...............	»
El molino del Cármen..........	3	José Fola...............	»
Lo sublime en lo vulgar........	3	José Echegaray...........	»
Mar y cielo....................	3	E. Gaspar y A. Guimara...	»
Teresa................	3	José Fola...............	»

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
¡Aquello!......................	1	Tomás Gómez...........	M.
Certámen nacional..............	1	Perrin y Palacios.........	L.
Despacho parroquial............	1	Tomás Calamita..........	1|2 M.
El golpe de gracia.............	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente.........	1	Cuevas..................	L.
Epílogo.......................	1	Rojas, Ruiz y San José ...	L. y M.
La cruz blanca..	1	Perrin y Palacios........	L.
La verdad desnuda.........	1	Arniches y Cantó.........	L.
Pepa, Pepe y Pepín.............	1	Rafael M. Liern...........	L.
Perder la pista................	1	Luis Larra...............	L.
Plan de estudios...............	1	Calixto Navarro..........	1|2 L.
Por España....................	1	Varas, Rojas y San José..	L. y M
Quedarse in albis.............	1	Rafael Taboada..........	M.
Timos conyugales..............	1	Luis Arnedo............	M.
El rey reina...........	2	M. E. Tormo y M. Nieto ..	L. y M.
Nanón.........................	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M
Una broma en Carnaval.........	2	Casademunt y Strauss, ...	L. y M.
Sustos y enredos..............	3	Juan García Catalá.......	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestrros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.